

ampliar nuestro conocimiento Machado también llama «complementario» a lo «apócrifo»). Más aún, refiriéndose a los personajes apócrifos Machado, escribió el siguiente proverbio: «Busca a tu complementario, / que marcha siempre contigo, / y suele ser tu contrario».

De ahí que en *Juan de Mairena* Machado, siendo antes que nada poeta, adopte precisamente la figura apócrifa de un filósofo, su contrario. Pues, al convertirse en un filósofo aficionado, al filosofar desde el punto de vista del poeta, queda especialmente capacitado para denunciar el carácter nihilista de la filosofía tradicional, que surge de reducir a identidad la alteridad cara al poeta: «la razón humana milita toda ella contra la riqueza y variedad del mundo; ... busca ansiosamente un principio unitario, un algo que lo explique todo, para quedarse con este algo y aligerarse del peso y confusión de todo lo demás» (...) «*De lo uno a lo otro* es el gran tema de la metafísica. Todo el trabajo de la razón humana tiende a la eliminación del segundo término».

En otra prosa de *Juan de Mairena*, escrita ya al borde de la guerra civil, se trata de especificar lo que constituye la dignidad humana, igual que hacían los pensadores renacentistas. Y se llega a la conclusión de que lo que dignifica al hombre es su inconformismo, su estar en tránsito hacia lo otro o los otros: «El hombre quiere ser otro. He aquí lo específicamente humano», afirma Juan de Mairena, «su mónada solitaria nunca es pensada como autosuficiente, sino como nostálgica de lo otro, paciente de una incurable alteridad».

Podríamos decir, por tanto, que en *Juan de Mairena* el poeta Antonio Machado se inclina a ser su contrario, un filósofo, a fin de rescatar la alteridad que ha sido escamoteada por la filosofía. O, lo que es lo mismo, podría decirse que en *Juan de Mairena* el poeta (el hombre por excelencia de lo diferente y lo concreto) se hace pasar astutamente por su otro, el filósofo, a fin de redescubrir la diversidad de lo real tras la unidad abstracta a que la ha reducido la filosofía: «Hay hombres ...que van de la poética a la filosofía; otros que van de la filosofía a la poética. Lo inevitable es ir de lo uno a lo otro, en esto, como en todo».

Juan de Mairena justifica su pensamiento «poetizante», su metafísica a medida de poetas, por la necesidad de heterogeneizar, de reivindicar la diferencia, que sigue existiendo por más que la niegue la filosofía: «Pero *lo otro* no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes» (...) «El pensamiento poético, que quiere ser creador, no realiza ecuaciones, sino diferencias esenciales irreductibles; sólo en contacto con lo otro, real o aparente, puede ser fecundo. Al pensamiento lógico o matemático, que es pensamiento homogeneizador, a últi-

ma hora pensar de la nada, se opone el pensamiento poético, esencialmente heterogeneizador. Perdonadme estos términos de formación erudita».

Esta reivindicación de «la incurable otredad que padece lo uno» desde la perspectiva de la poesía no deja de presentar afinidades con las críticas de la metafísica tradicional llevadas a cabo por algunos de los grandes filósofos modernos, como han señalado los mejores comentaristas de *Juan de Mairena*. La figura de Juan de Mairena, que se adhiere aparentemente a la filosofía para poder atacarla mejor desde dentro con su sensibilidad de poeta, recuerda a la figura del ironista, desarrollada por los primeros románticos alemanes y Kierkegaard a partir de la mayéutica socrática. Pues el ironista, a fin de invalidar mejor la verdad establecida, también finge estar de acuerdo en un primer momento con los que la detentan. Además, Mairena, al criticar la filosofía, nos hace pensar en el procedimiento genealógico de Nietzsche. Ya que, según Mairena, los entes de razón no son más que una simplificación, una abreviación que empobrece a la realidad, aunque convenga a los hombres para tratar con ella y su diversidad.

Como no podía ser menos, en *Juan de Mairena* la ironía es inseparable del diálogo. Hay muchas prosas o fragmentos en los que el profesor Mairena habla con sus alumnos en la clase. Y hay también algunas otras en las que habla consigo mismo en soliloquio. Pero en ninguno de los dos casos el diálogo se ajusta al esquema del ignorante que hace una pregunta a la que sigue una respuesta del sabio. Al contrario, en *Juan de Mairena* el intercambio dialógico siempre sigue estrictamente el modelo de la mayéutica socrática, en la que el que hace la pregunta o es el discípulo, sino el maestro. En la mayéutica es el maestro quien formula la pregunta porque, lógicamente, no busca información, sino confirmación de lo que el alumno supone saber: la pregunta irónica, al poner en tela de juicio lo que el alumno creía saber, lo comúnmente admitido, le hace perder su seguridad. El alumno empieza por titubear y termina por rectificar, por reconocer que estaba equivocado, por admitir su ignorancia.

En muchas de las prosas de *Juan de Mairena* el profesor bombardea a los alumnos a preguntas irónicas, hasta que a éstos «les hierven los sesos» (como se dice literalmente) y quedan acorralados, sin poder continuar. Y otro tanto le sucede a Juan de Mairena cuando habla a solas consigo mismo. En rigor no se trata de un diálogo, porque el otro, el «tú» que lo acompaña en su fuero interno es en el fondo un antagonista, un contrincante que le lleva la contraria y le hace rectificar como él a sus alumnos: «Llevo conmigo un diablo –no el demonio de Sócrates–, sino un diablejo que me tacha a veces lo que escribo, para escribir encima lo contrario de

lo tachado; que a veces habla por mí y otras yo por él, cuando no hablamos los dos a la par, para decir en coro cosas distintas. ¡Un verdadero lío!».

Juan de Mairena subraya que la ironía constituye una fase puramente negativa y correctiva, en la que no se enseña nada en concreto, sino tan sólo a desconfiar de sí mismos con el propio ejemplo, como él declara a sus discípulos: «no me toméis demasiado en serio. Pensad que no siempre estoy seguro de lo que os digo, y que, aunque pretenda educaros, no creo que mi educación esté mucho más avanzada que la vuestra. No es fácil que pueda yo enseñaros a hablar, ni a escribir, ni a pensar correctamente, porque yo soy la incorrección misma, un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos (...) Para los tiempos que vienen [en que hay que estar seguros de algo], no soy yo el maestro que debéis elegir, porque de mí sólo aprenderéis lo que tal vez os convenga ignorar toda la vida: a desconfiar de vosotros mismos». Esta modestia de Juan de Mairena le lleva a poner a menudo sus afirmaciones en boca de otro apócrifo, un apócrifo de segundo grado: su maestro Abel Martín.

En tal caso, la ironía vendría a ser una especie de higiene intelectual: al obligarnos a admitir que lo que teníamos por verdad no es más que un error arraigado, una creencia aceptada acríticamente, el ironista nos invita a abandonarla. A esto es a lo que Mairena se refiere cuando afirma lo siguiente: «Toda incompreensión es fecunda, como os he dicho muchas veces, siempre que vaya acompañada de un deseo de comprender. Porque en el camino de lo incomprendido comprendemos siempre algo importante, aunque sólo sea que *incomprendíamos* profundamente otra cosa que creíamos comprender». O bien: «El ceño de la incompreensión (...) es muchas veces el signo de la inteligencia, propio de quien piensa algo en contra de lo que se le dice, que es, casi siempre, la única manera de pensar algo».

Es decir, la ironía nos hace progresar porque, tras su intervención, quedamos disponibles para pensar las cosas de otra manera y se abre el paso a otras ideas (de ahí que Kierkegaard compare con San Juan Bautista a Sócrates, que con su ironía anuncia la llegada de un momento positivo del pensamiento). Y habría que añadir que con mucha frecuencia Juan de Mairena llama «escepticismo no dogmático» a esta capacidad de apertura del pensamiento mediante la ironía. Pues, según él, frente al escepticismo absoluto (que incurre en contradicción al defender como verdad que no se puede alcanzar la verdad), se puede practicar un escepticismo relativo. La sospecha de que, al negar la verdad, los otros o yo pudiéramos estar equivocados, resulta esperanzador, ya que impulsa a buscarla siempre por otros medios, lo que contribuye a su enriquecimiento progresivo. A este respec-

to, no es extraño que Machado adoptase casi como lema la siguiente soleá: «Confiamos / en que no será verdad / nada de lo que pensamos».

Hay que subrayar que muchas de las encerronas que Juan de Mairena prepara a sus alumnos terminan por desmentir supuestos muy característicos de la tradición filosófica, como la subordinación de lo singular a lo general (de la excepción a la regla, de la extensión al concepto) o bien la posibilidad de razonar al margen del tiempo (Mairena denuncia, por ejemplo, que no se tiene suficientemente en cuenta que la deducción silogística implica momentos distintos). Por no hablar de sus continuos ataques al principio de no contradicción, el cual intenta eliminar lo otro, al reducirlo a la condición de mero contrario de lo uno, del ser.

Una vez concluida su labor negativa, señalando las insuficiencias de la vieja razón, la ironía tiene aún algo que enseñarnos, según Juan de Mairena. Pues el reconocimiento de los límites de nuestra razón nos hace, además, caer en la cuenta de su naturaleza *aporética*. Este neologismo se deriva del griego «aporía», que significa «cuestión o dificultad irresoluble». Y Machado lo utiliza para referirse al hallazgo más radical de la ironía de Mairena: el hecho de que la razón que ha dominado durante siglos la filosofía occidental es, en el fondo, profundamente irracional porque se asienta sobre supuestos indemostrables: «Lo más frecuente es creer en lo racional, aunque no siempre por razones»

Según Mairena, la aporía de la razón consiste en que lo inteligible, su creación e instrumento, es, bien mirado, irracional: no constituye una explicación suficiente de la realidad, sino una mera hipótesis acerca de ella. Y la afinidad de la crítica de Mairena con la genealogía nietzscheana se nota sobre todo cuando denuncia los motivos inconfesables de la razón. Cuando Mairena revela que al hombre, para autoprotgerse, no le interesa reconocer el carácter relativo de lo inteligible: porque, aunque reductivo, lo inteligible es el único medio de que el hombre dispone para relacionarse con una realidad que le supera.

A partir de este momento, Mairena utiliza siempre la expresión «fe racional» para referirse a la razón, por su falta de autocrítica. Pues, según Mairena, la fe no consiste en creer en lo que no se ve, sino en estar convencido de la evidencia de algo, aunque no se vea. Mairena llama «fe» a la razón porque ésta cree en la evidencia absoluta de lo inteligible, ya que lo inteligible le proporciona una ilusión de estabilidad.

Aludiendo a Hegel, Mairena habla de la filosofía como el mundo visto del revés. Por el contrario, la poesía sería la razón ingenua, ya que el poeta es el hombre que no reflexiona ni se hace preguntas sobre lo visible, sino que admira y celebra sin reservas su variedad, a pesar de su contingencia.